

## CORREGIR AL QUE YERRA

Si la oferta de buenos consejos es una obra de misericordia, también lo es la corrección a los hermanos que se han desviado del recto camino. Pero la corrección no es fácil. De hecho, ha de ser ejercida con prudencia, con desinterés, con amor. Ha de compaginarse con el respeto a las decisiones ajenas y con la tolerancia. Unas veces pecamos por defecto y otras veces por exceso.

Faltamos por defecto, cuando no corregimos a los demás, aun habiendo percibido sus malas acciones. En ese caso estamos demostrando nuestra indiferencia hacia ellos o bien nuestro deseo de mantener nuestra propia tranquilidad.

Podemos pecar por exceso, cuando nuestro celo nos ciega o apasiona de tal manera que perdemos el respeto a la persona corregida. De hecho, quien corrige a otro puede caer en la altanería y en la hipocresía.

En la Biblia el libro del Levítico exhorta a corregir al prójimo (Lev 19,17-18) y el profeta Ezequiel desarrolla la teoría de la corrección y la responsabilidad moral que ésta implica (cf. Ez 3,16-21; Ez 33,1-9).

La literatura sapiencial advierte sobre la prudencia que requiere la corrección fraterna: “Quien corrige al insolente recibe insulto; quien reprende al malvado, desprecios. No corrijas al insolente, que te odiará; reprende al sensato y te querrá; instruye al sabio, y será más sabio; enseña al honrado y aprenderá” (Prov 9,7-9).

En el evangelio de Mateo se establece un itinerario para la corrección fraterna: “Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos. Si les desoye a ellos, díselo a la comunidad. Y si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como el gentil y el publicano. (Mt 18,15-17).

Todos hemos de aprender a dejarnos corregir. Es preciso reconocer los propios errores y la necesidad de una ayuda fraterna para encontrar de nuevo el camino. Hay que desconfiar de las seguridades personales y de la espontaneidad y benignidad con la que todos nos absolvemos a nosotros mismos.

Pero también es preciso corregir a los demás. La corrección fraterna exige un talante de comprensión y una exquisita delicadeza. Para ser auténticamente cristiana, requiere también un suplemento de humildad en quien la ofrece y en quien la recibe y, sobre todo, un profundo sentido de la comunión eclesial.

José-Román Flecha Andrés